

DIRECTOR-PROPIETARIO

- CÉSAR HUERTA -

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calderón de la Barca, 12 y 14

Teléfono núm. 59

EL MUNDO

FRANCISCO
LUCENTADOCapital, un mes 50 cts.; Provincias, un año 7 pts.
Girando a cargo del suscriptor, 8 pts. año.Fuera de la capital no se admiten
suscripciones mas que por años.

ANUNCIOS SEGUN TARIFA

PAGO ADELANTADO

AÑO III

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 108

DEL AMBIENTE

GRITOS DE ANGUSTIA

Acaso contra los vehementes deseos del espíritu, singularmente andariego, no hemos tenido la fortuna de repartir la vida en muchos climas; pero sí entre los suficientes para formar juicio experimental sobre alguno de los aspectos de la vida social española, ora bajo el suave cielo levantino, ya ante el brumoso noroeste, el terso castellano o el invariable y denso manchego; unas veces, confundidos en el tráfico de las ciudades populosas, entre si semejantes; otras, en la dormida calma de las provincias interiores legendarias, plácidas y austeras; no pocas, en los pueblecillos apacibles, junto al rural terrón, frente a los matices surcos de Aragón, de la Mancha, de Castilla, en la línea andaluza o en el dilatado valle donde mueren serenos los ríos bravos del Pirineo. Dondequiera, nuestros ojos, abiertos de par en par a las diferentes perspectivas de la naturaleza, los hombres y las cosas, descubrían el horizonte buscando una impresión nueva, una visión distinta, un algo desconocido e indescripto, ávidos de recoger las vibraciones del presente para leer en ellas la realidad tangible, la evidencia descarnada, desnuda, tal cual fue, directa y certera desde su manantial a nuestro entendimiento; dondequiera, España apareció ante nosotros propicia y amable, amada en sus momentos dolorosos y en sus desesperaciones y arrebatos, en sus inquietudes y en sus tormentos, en sus sacrificios y en sus derrotas, en sus alegrías y en sus lágrimas, en sus angustiosas soledades, siempre; dondequiera, España fue el objeto de nuestra devoción, de nuestro culto, de nuestra reverencia, de nuestro cariño.

Aprendimos así a considerar sus esfuerzos, sus esperanzas, sus desdichas; el contraste rudo de sus méritos y sus desventuras, de su prestigio y sus dolencias, de su abnegación y sus defectos, de sus quimeras y sus realidades, de sus empeños y sus desencantos; a justipreciar su valor, su demérito, su energía, su desencanto, su vigor, su decadencia. Y a través de los diversos rasgos distintivos, de sus varios aspectos, de sus diferentes matices, procuramos mirarla frente a frente, con la serenidad leal del hijo que quiere reír cuando todavía no llegó a sonreír la madre, y enjugar las lágrimas aun no brotadas de los amados ojos, y acariciar el alma de su progenitora, cuando la mira entristecida, con tierno y solícito desvelo, y a consolar sus dolores con la generosa ofrenda de su juventud y su brío, y a besar su venerable frente con la unión purísima de quien se sabe deudor a ella de la sangre, del espíritu, de la existencia, de todo...

Tras del hombre de burgo, presuroso e inquieto, nuestros pasos siguieron la huella que guía a las activas urbes plélicas, sonoras; tras del provinciano hidalgo y caçazudo, nuestros ojos admiraron las ciudades históricas, fragadas de su religión y su pasado, con el prestigio de sus torres millenarias, enmohecidas en el evocador silencio de sus tradiciones gloriosas; tras del gañán retardatario, huraño y melancólico, sacudiendo al andar el polvo de los largos caminos, entramos en los pueblos escondidos en la ladera montañosa, tras del misterioso recodo serrano, o acostados blandamente, como blancas palomas, sobre el verdor fragante de los llanos o el dorado espiguelo de las aras. Y siempre, siempre, al seguir al fastuoso y moderado ciudadano, como al indiferente y tardo villano recién salido de la Edad Media, como al rústico Adán del terruño, al predilecto del progreso como al Benjamín del presente, como al paria del pasado y de todos los tiempos, al gusano de la glosa del que Costa pensara que fue hijastro de la naturaleza, con él despidiéndose, España nos guiaba y nosotros seguíamosla, amándola, guardándola, enalteciéndola, anhelando su bien y reverenciándola en sus hombres, en sus cosas, en sus tiranos, en sus esclavos, en sus virtudes y en sus defectos.

Ella nos enseñó, con su estoica fortaleza ante el sacrificio, con su entereza ante el dolor, a ser fuertes; con su infantil generosidad, cándida y sencilla, a sentir «hacia dentro», hacia el corazón y la conciencia, a descubrir el alma en los labios, a pensar dignamente y a decir fuerte y alto con soberbia franqueza. Porque la vimos muy de cerca en sus momentos de sincera emoción gozar, reír, padecer y llorar, aprendimos a sentir sin celos, sin envidia, sin hipocresía, fútil y extrahumano. Porque la vimos amanzar y la vimos rugir de espanto y de dolor, de vergüenza y de

miedo, aprendimos a defenderla con im popular bizzaria, con ardorosa furia. Porque la vimos sangrar por mil heridas, agitarse convulsa y febril, aprendimos a sufrir en nuestro corazón sus llagas y a vaciar a torrentes nuestro desconsolado pesimismo. Porque la vimos, en fin, más veces de liebre y abatida que risueña y plétórica, aprendimos a arrostrar desdenosamente los peligros por ella, por su bien, por su amor, por su gloria. Así, cuanto los demás se esfuerzan en brindarle laurel y diritambo, nosotros restañamos su sangre con mano firme y acariciamos sus anhelos fervientes; cuando los demás le fingen devoción y alegría, nosotros consolamos su llanto y guardamos sus venerandas reliquias con fosa reverencia; cuando los demás evocan y adulan su pasado esplendor, nosotros meditamos sobre las visiones que nuestra retina contempló con ansia y sollozamos, como ella, de angustia, de ira, de desencanto, de pena...

Gritos de angustia son los del terruño, cuando arroja sus hombres a las bodegas de los trasatlánticos que han de conducirlos a las tierras ultramarinas, donde cuatro centurias antes entraron sus ascendientes en son del conquistador, cu biertos los penachos de sus escudos, arrogante la mirada, flameante el pendón de la patria lejana, duro el gesto y altivo a e indomable la espada; la hostil ignorancia de las aldehuelas, donde la

letra impresa no llegó a expandir los progresos de la ciencia que habría de limitar el esfuerzo de los brazos con el uso del cerebro, hoy dormido; la iracundia de los parias, sumisos a la voz del cacique, pero rabiosos en la entraña por su misma impotencia; la mengua de la raza viril, de esta raza que durante ocho siglos supo recobrar palmo a palmo el patrio lar de las detentadoras manos sarracenas y expandir su bravura por todo el mundo, hoy acuada por cien plagas danitas, extranada del universo, circuida en el solar nativo, entre hurrumbre y moho, y del que no sale sino encañonada en ejércitos de prófugos hambrientos, de parias desertores, o en las cuadrillas de los toreros que divierten a las muchedumbres de la española América, a aquellas muchedumbres que un tiempo admiraron la gallardía de nuestros anhelos y hoy se solazan con la temeridad de nuestros contemporáneos o se conducen de la miseria de nuestros emigrantes...

Gritos de angustia son los de las fuentes vitales del país, la agricultura, la industria, el comercio, agobiados por el peso del Estado, que no acude a ellas sino para extraer los frutos pingües con que enjugar las cargas que le abruma; los clamores de las muchedumbres sojuzgadas por las taifas que se denominan políticas, en tiempos en que las oligarquías dominantes no deberían existir;

las laceras de la degeneración presente, que se llaman escrofulosis, paludismo, sífilis, prostitución, juego, alcoholismo, analfabetismo, indiferencia, barbarie; la hipocresía ambiente, que hace del solar hidalgo un vivero de ambiciones donde el interés privado muere con frecuencia brutalmente en los yermos predios del bien común...

Y todos estos gritos se oyen en las ciudades populosas, en las provincias escondidas, en las aldeas despobladas, en el agro, en la fábrica, en el taller; dondequiera, claman por un paladín que los rescatara; dondequiera, imploran con desconsuelo por una mano que los ayude, por un auxilio que no llega... Oírlos impasibles o despreciativos, fuera crimen que no podemos cometer, por amor a España; repitirlos o, en cambio, piadoso y plausible; exteriorizarlos con franca bizzaria, es empeño noble e hidalgo. Decir verdad es propio de castellanos, de los castellanos que se llamaron Díaz del Vivar, el austero, y luego otros espíritus machos, Pícaros y Larra, y Joaquín Costa. Quien acierte a escucharlos, no sea hipocrita y repítalos con pena, pero con dignidad, pues con ello contribuirá a servir a la patria mucho mejor que cuantos de ella, con falsos halagos, hicieron fuente de medros, concupiscencias y orgías.

Antonio Escudero Alvarez

Madrid, 1922



SAN SEBASTIÁN.-PLAYA DE LA CONCHA

Los padres y los hijos

Un enjambre de pájaros metidos en jaula de metal guardó un caballero, y a cuidarlos voló desde el otero la pareja de padres alijados.

«Si aquí, dijo el pastor vienen unidos sus hijos a cuidar con tanto esmero, ver como cuidan a sus padres quiero los hijos por amor agradecidos.»

Deja entre redes la pareja envuelta, la puerta abre el pastor del duro alambre, cierra a los padres y a los hijos suelta,

Huyó de los hijuelos el enjambre, y como en vano se esperó su vuelta, mató a los padres el dolor y el hambre.

Los hijos y los padres

Ni arrastrada un pastor llevar podía a una cabra infeliz que oía amante balar detrás al hijo, que, inconstante, marchar junto a la madre no quería.

«¡Necio!, al pastor un sabio le decía, al que llevas detrás ponte delante, échate al hijo al hombro, y al instante la madre verá ir tras de la cria.»

Tal consejo el pastor creyó sencillo; Cogió la cria y se marchó corriendo, llevando al animal sobre el hartillo.

La cabra, sin ramal, los fué siguiendo; mas siguiendo tan cerca al cabritillo, que los pies por detrás le iba lamiendo.

R. DE CAMPOAMOR.

TUS OJOS

Te vi en un punto, y, flotando ante mis ojos, la imagen de tus ojos se quedó, como la mancha oscura, orlada en fuego, que flota y ciega, si se mira al sol.

A donde quiera que la vista fije, torno a ver tus pupilas flamear; mas no te encuentro a ti, que es tu mirada: unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo me miro desasidos, fantásticos, lucir: cuando duermo, los siento que se ciernen de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche llevan al caminante a perecer: yo me siento arrastrado por tus ojos, pero a donde me arrastran, no lo sé.

GUSTAVO A. BEQUER.

La política y los negocios

Con motivo de lo sucedido en Francia con el exsubsecretario Mr. Vilgrain, se habla en esta Villa y Corte de la relación íntima que mantienen los políticos españoles con los negocios de toda índole.

Una comisión investigadora ha averiguado en París los miles de francos de aumento que ha tenido la fortuna de M. Vilgrain, a la sombra de los negocios en relación con la política.

Al tratar de este asunto, el cronista recuerda al ilustre Silvela. Aquel sutil político vió claramente el mal mayor que desacreditaba a los hombres públicos españoles, y quiso separar en lo posible la política de los negocios. Silvela in-

tentó declarar incompatibles los cargos parlamentarios con los de consejeros, administradores, inspectores... de Compañías relacionadas con el Estado.

«Era tal proyecto, el primero de una serie, para sanear la política. Porque, aunque se trataba de algo eficaz, los hechos han demostrado que significaba poco para evitar el enlace íntimo adquirido en los últimos años entre la política y los negocios.

Si aquí se hiciera una investigación parecida a la que acaba de realizarse en Francia con la fortuna de M. Vilgrain; cuántos personajes y personajillos podrían levantar la mano limpios de pecado? La mayoría de ellos vino a la política en camisa y ahora posee cuantiosa fortuna.

En las listas de consejeros de Bancos, Sociedades de Seguros, Compañías industriales... figuran los nombres de los principales políticos. No hay empresa de negocios que no tenga a un personaje o personajillo como consejero o abogado. Los segundones son pasantes de los grandes jueces, y tienen también en las Compañías cargos bien remunerados.

No se crea que estos segundones recogen migajas. Hay diputadete que, apoyado en su cargo parlamentario, y combinándolo con el oficio periodístico, cobra al año y gasta — porque vive espléndidamente — catorce o quince mil duros. Le saca al Estado, el tal sujeto, varios miles de pesetas, en concepto de gratificación y de subvenciones, y además se hace pagar

servicios influyentes por varias Compañías.

En estos últimos tiempos, los Bancos han acogido en su amoroso seno a parlamentarios, periodistas, técnicos, profesores de economía... que, sumados a senadores y diputados, que figuran como consejeros, administradores y letrados dan a esos establecimientos enorme fuerza expansiva y aspirante.

Entre los elementos de las izquierdas se ha desarrollado extraordinariamente el afán del lujo. Los personajes y personajillos democráticos y liberales de todos los órdenes, desde la izquierda más rojiza al liberalismo más templado, forman el estado mayor de Bancos, Sociedades mineras, empresas relacionadas con el Estado. Tal personaje preside el Consejo de Administración de un Banco; otro es letrado de varias Sociedades, cobrando de cada una de ellas la miseria de diez o doce mil duros de sueldo; otro percibe, en concepto de consejero de una Compañía, 60.000 pesetas. Los hay que pertenecen a dos o tres Bancos y Sociedades.

Un jefe republicano, por cuyas ideas se mataron varios infelices ciudadanos y hay en presidio algunos otros, olvidando sus predicaciones demagógicas de otros tiempos, se titula ahora, en cartas que circulan por Bancos y centros oficiales, consejero de una Compañía minera. ¿Quién pudiera pensar tal cosa del que alentaba a los jóvenes bárbaros? ¡Ahora es gubernamental, y consejero de empresas!

Otro jefecillo socialista, que predicaba el reparto social, también ha formado parte de Consejos de Administración y es actualmente el hombre de confianza del mayor plutócrata bilbaíno, gerente de uno de sus negocios. Es natural que, con la cartera llena de billetes del Banco de España, ya no resulte el enemigo (?) del orden social, tan violento en sus propagandas como hace años. Quizá lo veamos de ministro y de consejero de uno de esos Bancos, cuyo saqueo recomendaba a los proletarios y que ahora aspira a administrar.

Muchos de los que señalaba la opinión como inmorales—cuando existía otro concepto de la moralidad que el que se mantiene actualmente por los políticos,—no han ocupado los cargos más importantes del Estado. ¿No son también administradores, consejeros, representantes... de Sociedades y empresas?

Es natural que, ante el ejemplo de personajes y personajillos, los segundones se sientan en plena orgía y no se detengan ante consideración de ninguna clase. Ha demostrado el pueblo español su condición lanar en muchas ocasiones, pero si se publicasen con pormenores las historias de negocios relacionados con la política, que se saben en los círculos de la Villa y Corte, quizá se levantase en protesta airada.

¿De qué vive Fulano? ¿Con qué ha comprado un hotel Zutano? ¿De dónde le ha caído el automóvil a Perengano?

Esas preguntas son contestadas diariamente, por los que conocen las hazañas de los pícaros, en los círculos madrileños. Silvela no solamente fué un político de su tiempo, sino que quiso anticiparse al porvenir. Presentía lo que iba a suceder, por el camino emprendido por gran parte de los políticos de su época, y pretendió sanear el ambiente. Ante la resistencia que encontró en todos los partidos, incluso en el que dirigía, se retiró de la política con un gesto de desdén.

Hoy, la moral de los políticos ha cambiado radicalmente. La política y los negocios forman una trama sólida, como si fuesen una misma cosa.

EL BACHILLER CARRASCO